Dolores Aleixandre
Alfonso López-Fando

CINCO PAISAJES DE LA PASCUA

(El cenáculo,
el huerto,
el patio,
el monte,

el jardín)

Sal Terrae
Colección «El Pozo de Siquén»
399

Dolores Aleixandre
Alfonso López-Fando

CINCO PAISAJES DE LA PASCUA

El Cenáculo, el Huerto,
el Patio, el Monte, el Jardín

© Editorial Sal Terrae, 2019
Grupo de Comunicación Loyola
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria) – España
Tfno.: +34 944 470 358
info@gcloyola.com
gcloyola.com

Imprimatur:
✠ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander
23-11-2018

Diseño de cubierta:
Vicente Aznar Mengual, SJ

ISBN: 978-84-293-2816-5

Índice

El Cenáculo

- Con la mirada atenta
- En contacto con el propio corazón
- Ensanchando el horizonte
- Transformados por lo contemplado

El Huerto

- Con la mirada atenta
- En contacto con el propio corazón
- Ensanchando el horizonte
- Transformados por lo contemplado

El Patio

- Con la mirada atenta
- En contacto con el propio corazón
- Ensanchando el horizonte
- Transformados por lo contemplado

El Monte

- Con la mirada atenta
- En contacto con el propio corazón
- Ensanchando el horizonte
- Transformados por lo contemplado

El Jardín

- Con la mirada atenta
- En contacto con el propio corazón
- Ensanchando el horizonte
- Transformados por lo contemplado

«Este deseo, esta necesidad
de retornar mil veces
adonde está la luz».

(*Eloy Sánchez Rosillo*)

HAY pasajes del Evangelio a los que volvemos una y otra vez, a veces invitados por la liturgia, otras atraídos por la convicción secreta de que allí nos espera la Luz. Los evangelistas nombran constantemente lugares concretos de la geografía de Palestina: Belén, Nazaret, Caná, Betania, Jericó, Cafarnaún, Jerusalén..., conscientes de que lo que se juega en ellos es nada menos que la verdad de la encarnación del Hijo de Dios. Y eso, aunque casi ningún lector de hoy sepa exactamente dónde está la sala alta de la casa de Jerusalén de la última cena de Jesús; qué queda del palacio de Caifás; en qué orilla del lago esperaba a sus discípulos mientras ellos pescaban; dónde se sitúa la aldea llamada Emaús... De otros sí tenemos la localización precisa: Tiberíades, Getsemaní, el monte Calvario, el monte de los Olivos....

Son lugares de gracia que nos evocan el recuerdo de un encuentro con el Señor: aquella vez en que aprendimos a arrodillarnos a su lado para lavar los pies de otros; o cuando, en otra ocasión difícil de nuestra vida, le acompañamos al huerto y repetimos con él: «Sí, Padre, como tú quieras: que se haga tu voluntad». ¡Cuántas veces hemos sabido por propia experiencia algo parecido a lo que sintió Pedro en el patio después de negar que conocía a su Maestro...! Y aún se estremece de alegría nuestro corazón al recordar que estábamos llorando y rondando tumbas vacías, lo mismo que María de Magdala, y él nos llamó por nuestro nombre.

Guardamos como un tesoro el recuerdo de esos lugares del Evangelio que hemos llegado a hacer nuestros y, en nuestro itinerario de discipulado, seguimos estando invitados a volver a ellos. A la espera de que Su gracia vuelva a cruzarse en nuestro camino y de que se ensanche aún más esa geografía secreta que es única para cada uno de nosotros.

Este libro quiere acompañar a sus lectores en su peregrinación a cinco de esos lugares: el *cenáculo*, el *huerto*, el *patio*, el *monte*, el *jardín*, todos ellos relacionados con la Pascua de Jesús. Se trata de leer los textos en su contexto, con los sentidos atentos a cada escenario, sabiendo que los lugares condicionan las palabras que en ellos se pronuncian. Estamos invitados a salir de lo cotidiano para atravesar con Jesús esos espacios, en un recorrido semejante al de aquel ciego de Mc 8,22-26 al que Jesús tomó de la mano, lo llevó fuera de la aldea y tocó sus ojos para que recobraran la vista. Lo evoca este poema de Eloy Sánchez Rosillo:

«Mirar no es solo asunto de los ojos.
Primero, ciérralos unos instantes
y dentro de ti busca –en tu sosiego–
la facultad de ver. Y ahora ábrelos y mira.

Es enero ahí afuera, pero está muy hermosa
la vida esta mañana.
Cuánto sol en los álamos
que en trémulas hileras van creciendo
en esta vieja plaza
de tu ciudad. Un día y otro día,
durante muchos años,
a su lado pasaste y no los viste,
ciego que dabas pena y que hoy, por fin,
de milagro has sanado y puedes ver
y en tu mirar te salvas».

El libro ofrece también algunas pistas para recorrer esos lugares y contemplarlos como si fuera la primera vez:

El apartado **Con la mirada atenta** recuerda otros textos bíblicos para que hagan de «caja de resonancia» y ayuden a comprender mejor lo que ocurre en ese lugar.

En contacto con el propio corazón propone caminos que desemboquen en un tiempo de oración.

Ensanchando el horizonte ofrece otros ángulos de mirada sobre el mismo paisaje.

Trasformados por lo contemplado recoge testimonios sobre el poder que poseen esos lugares para marcar las vidas de quienes se les acercan.

Los autores de este libro, una biblista y un psicólogo, han ido mezclando sus perspectivas y propuestas muy libremente, porque es así como trabajan y animan juntos, hace muchos años, retiros y días de oración y crecimiento personal.

EL CENÁCULO

«*ANTES de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que le había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando y ya el diablo había metido en la cabeza a Judas Iscariote, hijo de Simón, la idea de que lo entregara. Entonces Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, y que de Dios había salido y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe a la cintura. Después echa agua en una palangana y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba ceñida. Cuando llegó a Simón Pedro, éste le dijo:*

–Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?

Jesús le contestó:

–Lo que estoy haciendo, tú no lo puedes comprender ahora; lo comprenderás después.

Pedro insistió:

–No me lavarás los pies jamás.

Le respondió Jesús:

–Si no te lavo los pies, no tienes que ver conmigo.

Le dice Simón Pedro:

–Señor, no solo los pies; lávame también las manos y la cabeza.

Entonces dijo Jesús:

–El que se ha bañado solo necesita lavarse los pies, porque está completamente limpio; y vosotros estáis limpios, aunque no todos.

Sabía muy bien Jesús quién lo iba a entregar; por eso dijo: "Vosotros estáis limpios, aunque no todos".

Después de lavarles los pies, se puso de nuevo el manto, volvió a sentarse a la mesa y dijo a sus discípulos:

–¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vos-otros? Vosotros me llamáis "Maestro" y "Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, vosotros debéis hacer lo mismo unos con otros. Os he dado ejemplo, para que hagáis lo que yo he hecho con vosotros. Yo os aseguro que un siervo no puede ser mayor que su señor, ni un enviado puede ser superior a quien lo envió. Sabiendo esto, seréis dichosos si lo ponéis en práctica» (Jn 13,1-17)

Esto dice el evangelio de Marcos sobre el lugar que nosotros llamamos *cenáculo*: era una «*sala grande, alfombrada y dispuesta en el piso de arriba*» (Mc 14,15) que Jesús eligió para cenar por última vez con sus discípulos, en la que les lavó los pies (Jn 13) e instituyó la Eucaristía (Mt 26,17-35; Mc 14,12-31; Lc 22,7-34). También ahí estaban los discípulos –«*con las puertas cerradas, por miedo a los judíos*»– cuando se les hizo presente Jesús

Resucitado al atardecer del Primer Día de la semana (Jn 20,19-23) Y fue también en ese «*aposento alto*...» (Hch 1,13-14) donde seguían reuniéndose a orar, con María la madre de Jesús, y donde recibieron el Espíritu Santo.

Nos disponemos a entrar en el cenáculo:

Con la mirada atenta

- El libro del Deuteronomio habla con frecuencia de un *lugar «elegido por el Señor para morada de su nombre»* (12,23): era la tierra que había prometido a su pueblo, y en ella el lugar del futuro templo. Así se le transmite a Moisés de parte del Señor: «*Voy a enviarte un ángel por delante para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que he preparado*» (Ex 23,20). Quizá Jesús, al llegar al cenáculo esa noche, se sintió «llevado por un ángel» hasta aquel *lugar elegido* y *preparado* en el que iba a hacer la entrega de su vida.

- Es significativa la importancia que da el evangelio de Marcos a esa sala: como en un juego de pistas, Jesús envía a dos discípulos a la ciudad; allí encontrarán a un hombre con un cántaro de agua. Tienen que seguirle y preguntar al dueño de la casa donde entren cuál es la sala donde va a comer con los suyos (Mc 14, 4-15). Solo se prepara con tanta antelación y cuidado aquello en lo que se concentran muchas expectativas y deseos.

- Jesús hacía lo que enseñaba. Una vez dijo: «*Cuando te inviten, ve y ocupa el último puesto*» (Lc 14,3), y eso fue, sencillamente, lo que hizo aquella noche en el cenáculo. A Carlos de Foucauld le atraía tanto ese rasgo de Jesús, que expresaba así su deseo: «Organizar mi vida para ser el último, el más despreciado de los hombres, para pasarla con mi Maestro, mi Señor, mi Hermano, mi Esposo, que ha elegido el último lugar».

- Vemos a Jesús aceptando con frecuencia invitaciones de todo tipo de gente: Mateo el publicano y sus amigos (Mc 9,9-10); Zaqueo (Lc 19,7); Simón el fariseo (Lc 7,34; Mc 14,3)... En esas ocasiones comía lo que le ofrecían otros, mientras que en su aparición junto al lago se encargó él mismo de preparar la comida para los suyos: «*Al saltar a tierra, vieron unas brasas, con peces colocados sobre ellas, y pan. Jesús les dijo: "Traed ahora algunos de los peces que habéis pescado". Simón Pedro subió a la barca y sacó a tierra la red llena de peces; en total eran ciento cincuenta y tres peces grandes. Y, a pesar de ser tantos, la red no se rompió. Jesús les dijo: "Venid a comer"*» (Jn 21,9-12).

- Cuando era él el invitado, comía en la casa de su anfitrión; pero cuando le tocó a él invitar a la muchedumbre que le había seguido, solo pudo ofrecerles el suelo de hierba de un descampado: «*Jesús mandó que se sentaran todos, pues había mucha hierba en aquel lugar. Eran unos cinco mil hombres. Luego tomó los panes y, después de haber dado gracias a Dios, los distribuyó entre todos. Hizo lo mismo con los peces y les dio todo lo que quisieron*» (Jn 6,10-12).

- Al inaugurar el templo de Jerusalén, Salomón había dicho: «*Señor, te he construido un*

lugar para tu señorío, para que habites en él para siempre» (1 Re 8,12). ¡Qué lejos estaba Salomón de imaginar que el tipo de señorío que iba a ejercer el Mesías iba a ser el de lavar los pies de sus amigos...!

❖ Además de lo que hablan Jesús y Pedro en el cenáculo, los evangelios conservan la memoria de otros diálogos entre ellos: cuando Jesús lo llamó a seguirle (Lc 5,4-11); cuando habló de su pasión, y Pedro se resistió (Mc 8,32-33); en la transfiguración (Mc 9,5); cuando les preguntó si querían marcharse, y Pedro respondió: «*¿A quién vamos a ir...?*» (Jn 6,68); junto al lago, cuando le preguntó tres veces si le amaba (Jn 21,15-23).

❖ Dos salmistas expresan así sus deseos: «*Mi alma anhela y desea ardientemente los atrios del Señor*» (Sal 84,2); «*Mi garganta tiene sed de ti..., de contemplarte en tu santuario...*» (Sal 63,2). Jesús se reconocía en esos deseos y compartió los suyos aquella noche antes de cenar: «*¡Con cuánto deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros!*» (Lc 22,15).

En contacto con el propio corazón

❖ Subir a «la habitación de arriba» y ver a Jesús levantándose de la mesa, cambiando el lugar donde se sientan los señores por aquel en que se mueven los que sirven, situándose en esa otra perspectiva, desde donde se ven de cerca el barro, el polvo, el mal olor, la suciedad...: todo eso que los sentados a la mesa ignoran o piensan que no les concierne. A ras del suelo y en contacto con los pies de los demás, se produce un cambio de plano que revela lo elemental de cada persona, su desnudez, las limitaciones de su corporalidad. Jesús se había quitado el manto y, con él, toda pretensión de poder o dominio. Con la toalla ceñida y de rodillas, como el último de todos, iba lavando los pies de sus discípulos. Esa era su manera de disponerse a recibir «*el Nombre sobre todo nombre*» (Flp 2,9).

✓ Me sitúo junto a él ahí, tratando de ser consciente de qué es lo que cambia en mi manera de relacionarme cuando adopto esa otra perspectiva...

Tomo conciencia de cuándo «elijo mesa»: posturas en las que me siento importante, reconocido, inclinado a dar órdenes a otros, correcciones o consejos; donde se me oye y se me respeta; donde puedo mirar de arriba abajo...

Dirijo mi mirada a «otros» lugares: esos en los que se mueven quienes no tienen acceso a la mesa, la cultura, la vivienda, la educación, la sanidad, las oportunidades...

❖ En psicología no es lo mismo *posición* que *postura*. La *posición* a veces no podemos elegirla, viene de fuera. La *postura*, sí: puedo escoger cómo me coloco en la posición que ocupo. En una sala de conferencias los asistentes están sentados en la *posición* que marcan los asientos, pero no todos adoptan la misma *postura*: unos cruzan piernas o brazos, toman apuntes o solo miran a quien habla, están atentos o distraídos, erguidos o recostados, simpatizando o no con el conferenciante y el tema.

En la noche de la última cena, los que estaban sentados a la mesa con Jesús compartían un mismo *lugar-posición* como discípulos, pero no todos estaban en la misma

postura-actitud hacia el Maestro: Juan era el más cercano; Pedro, el más participativo; Judas le había traicionado ya.

✓ Tomo conciencia de la *posición* y la *postura* en que vivo últimamente y las reviso con ternura.

❖

Seguramente nos han hecho en algún momento la clásica pregunta: «Si te fueras a una isla desierta, ¿con quiénes irías y qué tres objetos te llevarías?»

✓ Traslado la pregunta al escenario del Cenáculo:

- Con qué doce personas me iría a «mi última cena».
- ¿A quién elegiría y por qué?
- ¿Qué listado de personas me gustaría tener sentadas a mi lado en un día tan especial, en un día de despedida?
- Y yo, ¿sería invitado en la «última cena» de alguien?
- ¿A quién creo que se le ocurriría incluirme en su lista para un momento así?

❖

Los amigos son las personas con quienes más po-demos ser nosotros mismos. A veces, más que con la propia familia. Con ellos nos ponemos en verdad; con ellos vivimos la entrega, el enfado, la tristeza; con ellos compartimos el dolor...

✓ Es tiempo para recordarles, para nombrarles ante el Señor, para hacerlos presentes como personas únicas con las que aprieto un lazo que no ata; con quienes vivo la complicidad, a veces sin palabras. A quienes cuido y me impulsan, a quienes agradezco que existan y estén.

❖

¿Cómo cuidamos a los amigos? ¿Cómo nos dejamos cuidar por ellos? Quizá andamos tan ocupados con los que nos necesitan que les atendemos más que a los amigos y a su momento personal. Quizá vivimos «de la renta» y no buscamos la pausa que requiere cuidarles y dejarnos cuidar por ellos.

✓ Me pregunto si vivo un ritmo acelerado, poniendo la fuerza en la tarea, más dedicado a *hacer* que a *estar*. Reviso cómo vivo la amistad, hasta qué punto priorizo a mis amigos y encuentro los huecos para la intimidad que requiere la pregunta del corazón; hasta dónde aplico sobre ellos mis sentidos y los elijo; si mi compromiso con ellos está siendo coherente o solo expresión de un buen deseo.

❖

Los sentados en la Ultima Cena son *amigos de* Jesús y *amigos en* Jesús. «*Amigos en el Señor*» es una expresión familiar en la espiritualidad ignaciana. Eran amigos porque habían pasado mucho tiempo caminando, descansando y comiendo juntos, compartiendo alegrías y rechazos, hablando de las cosas del Reino. Él buscaba su compañía y, cuando fueron acusados por coger espigas en sábado, los defendió (Mc 2,23-27); cuando el mar ambravecido casi hundía su barca, los protegió de su miedo (Mc 4,35-41); cuando volvieron exhaustos de recorrer las aldeas, se los llevó a un lugar solitario para que descansaran (Mc 6,30-31). En la escena de la transfiguración (Mc 9,2-8), cuando sus tres amigos estaban acobardados y encogidos, Jesús se les acercó, habló con ellos y los tocó para tranquilizarlos.

✓ ¿Qué *palabra* o qué *acción* necesito hoy que Jesús pronuncie o realice conmigo?

❖

Javier, 8 años, se levantó un día contando que había soñado que era Jesús. Lloró en el sueño y durante la noche, porque sentía que debía irse a África a ayudar a los que allí lo necesitaban, y eso implicaba despedirse de Mateo, uno de sus grandes amigos. «Yo era Jesús, pero él seguía siendo mi amigo». Las lágrimas eran porque le daba pena despedirse de él. Al final, se despertó encima de un carruaje en Sevilla. En él iba su Padre Dios, un perro y un poquito de comida para el camino.

Hay muchas maneras de ser amigo de Jesús, muchos niveles distintos de relación y entrega a él.

- Jn 16,14: «*Seréis mis amigos si hacéis lo que os mando*». Es el nivel de no ofender, de honrar... Se da cuando uno cae en la cuenta de que vivir para Jesús y su causa es la mejor manera de llenar la propia vida. Incluso por propio interés tiene sentido vivir así, sin ir contra los mandamientos.
- Jn 15,4: «*Permaneced en mí como yo en vosotros*». Aquí se trata ya de compartir la vida, de hacer lo que agrada al Señor. Este nivel implica mucho más: supone procurar, por amistad con Jesús, que él sea el primero y aceptar, llegado el caso, tener más o menos, vivir más o menos tiempo, con más o menos prestigio, por amor a él.
- Jn 15,15-18; 16,4: «*Si a mí me han perseguido, también a vosotros...*» Renunciar a la fama de «bueno», con tal de serlo. Este nivel, el de los amigos más íntimos, implica ofrecerse para seguir a Jesús con todas sus consecuencias. Optar por él y hacerlo con él y como él, imitándolo, decidiendo tener menos; permanecer abajo y desde abajo; vivir entregándose sin poner por delante la propia salud, y hacerlo desde lo escondido, dejando atrás la ambición y el cuidado de la propia imagen, con tal de parecerse a Jesús. Como en los niveles anteriores, no se trata solo de caminar siguiendo las huellas del Señor, de adoptar sus criterios de actuación y su estilo de vida, sino de mantener con él una relación de amor.

✓ Consulto a mi corazón sobre el grado de amistad con Jesús al que me siento llamado. No somos nosotros quienes lo elegimos, lo nuestro es prepararnos, disponerse, desearlo y pedirlo.

Me hago consciente de que, a más amistad con él, más libertad.

Ensanchando la mirada

❖ ***Una historia de pérdida.***

«Cada vez que nos reunimos en torno a la Eucaristía, recordamos que nuestra esperanza está fundada sobre una situación histórica de pérdida. El relato de la Cena ha brotado de la segunda crisis de quienes vivieron la desaparición de otra historia. Por eso no debemos temer las crisis que atravesamos hoy: las crisis son la "especialidad de la casa"; la Iglesia surgió de una de ellas, y son ellas las que la renuevan y rejuvenecen. Cuando nos encontramos en situaciones de crisis de esperanza, la Cena nos recuerda no solo que la esperanza estaba perdida, sino que la comunidad misma estaba desintegrada y que en ella se pronunciaban acusaciones recíprocas: "Aunque todos te nieguen, yo nunca te negaré", dijo Pedro. Y, sin embargo, Jesús fue vendido, traicionado y abandonado; y los discípulos, en su mayoría, se alejaron de él a todo correr, presas del miedo.

Ninguna crisis será tan grave como la vivida por Jesús en la Cena: estaba sentado a la mesa junto a Judas, el traidor, junto a Pedro, la piedra sobre la que iba a fundar su Iglesia y que estaba a punto de negarle, y le rodeaba un grupo de discípulos que iban a abandonarlo y a huir para salvar sus vidas. Y fue precisamente en medio de esta crisis donde tuvo lugar el nacimiento de la Iglesia, y lo celebramos todos los días. Recordemos: no podemos temer las crisis, porque son ellas las que nos renuevan.

Jesús fue entregado: en el momento de la Eucaristía recordamos su manera de encajar la traición y de convertirla en don. Él aceptó libremente aquella coyuntura terrible y la transformó en tiempo de gracia. La víctima pasiva actuó de manera creativa: "Vosotros os habéis apoderado de mi cuerpo para entregarlo, habéis hecho de él una mercancía que solo vale 30 monedas de plata. Pero mirad: esto es mi Cuerpo, que se entrega por vosotros". Nuestra fe nos empuja a apoderarnos de ese momento de traición y de vergüenza para, ayudados por la infinita creatividad de Dios, hacer de él un tiempo de don y de gracia. Si dejamos a Dios poner su mano sobre su Iglesia, la transfigurará con su propia belleza" (TIMOTHY RADCLIFFE[1]).

❖ ***El testamento de Jesús.***

«En el relato de la última cena, en lugar de las acciones y palabras de la institución de la Eucaristía, el evangelista Juan las sustituye por el lavatorio de los pies: antes de su discurso de despedida, Jesús se sitúa en el lugar de aquellos que no pueden estar sentados a la mesa. Por supuesto que esta tradición incluye el deber de responder a la invitación de Jesús de "hacer memoria", pero ¿memoria de qué? ¿Qué significa compartir el pan y el vino? Esta comida es el "adiós en acción" de alguien que se está despidiendo de los suyos. Y en aquel momento crucial de su vida, ¿qué es lo que el Profeta de Galilea quiso comunicar de sí mismo y del legado que quería dejar? ¿Qué es lo que deseaba que continuara y le sobreviviera?

Este testamento, que se convierte en el relato fundador de la práctica eucarística, es la culminación de toda la vida de Jesús. Una culminación que remite al conjunto de su existencia, a sus decisiones, a las opciones que marcaron su práctica liberadora y su vida entera vivida en el amor, como don compartido y ofrecido libremente hasta la muerte. Este legado representa su tarea incansable, su modo de vivir para hacer venir el Reino. Aquí está todo el peso de su comunión con los seres humanos y su proximidad singular con los marginados, de quienes se hizo profundamente solidario.

Este es el testamento que nos legó el Galileo. Esta es la solidaridad a que nos invita como estilo de vida en su seguimiento en los lugares concretos en que estemos. Y es esto lo que actualizamos cuando hacemos lo que él hizo en memoria suya» (YVONNE BERGERON[2]).

❖ Para la tradición judía, la noche de Pascua concentra todas las noches de la historia iluminadas por la fuerza liberadora del Señor:

La *primera noche,* cuando Él se manifestó en el mundo para crearlo.

La *segunda noche,* cuando se apareció a Abrahán, que tenía cien años

La *tercera noche,* cuando abrió el mar e hizo pasar a los hijos de Israel

La *cuarta noche,* cuando el mundo llegue a su fin, vendrá el rey Mesías al frente del rebaño, y su palabra marchará entre ellos, y yo y ellos marcharemos juntos.

> Esta es *la noche de Pascua* para el nombre del Señor, la noche reservada y fijada para la liberación de todo Israel a lo largo de generaciones (*Targum del Pentateuco*)

Leo atentamente estos textos. Les hago espacio y escribo algo de lo que se ha quedado en mi memoria. Me apropio de ellos: subrayo, medito, los hago míos. Los conecto con mi experiencia. Me doy cuenta de qué me han aportado en mi visita al *cenáculo*.

Transformados por lo contemplado

Después de un tiempo vivido en Perú, al volver a España:

> Las manos y los pies aquí no son como los del Sur Andino.
>
> Los pies no sirven para caminar, solo para sostenerse.
>
> Se diferencian los dedos de unas uñas maquilladas y pintadas de colores para no saber cómo son de verdad.
>
> Las manos aquí no sujetan: son tan delicadas que hace tiempo que han olvidado el sabor del polvo o de la tierra.
>
> En las del Sur en cambio, no se distinguen las uñas de los dedos, ni las sandalias de la tierra. Los pies allí son de barro seco, y las manos tienen forma de azada.
>
> Y no hay ruidos enlatados: solo la música del viento y del agua cuando recorren los valles y las quebradas.

---

[1] «Les prêtres et la crise de désespoir au sein de l'Église»: *La Documentation Catholique* 2.322 (2004) 888-895.

[2] *Témoins d'une naissance. Vingt textes portant sur une autre manière de voir l'Eucharistie et l'avenir de l'Église*: https://bit.ly/2Q8Sp0Q

EL HUERTO

«C*UANDO llegaron a un lugar llamado Getsemaní, dijo Jesús a sus discípulos:*

– Sentaos aquí, mientras yo voy a orar.

Tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan. Comenzó a sentir pavor y angustia y les dijo:

–Siento una tristeza mortal. Quedaos aquí y velad conmigo.

Y avanzando un poco más, se postró en tierra y suplicaba que, a ser posible, no tuviera que pasar por aquel trance. Decía:"¡Abba, Padre! Todo te es posible. Aparta de mí esta copa de amargura. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú". Volvió y los encontró dormidos. Y dijo a Pedro:

–Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar ni siquiera una hora? Velad y orad para que podáis hacer frente a la prueba; que el espíritu está bien dispuesto, pero la carne es débil.

Se alejó de nuevo y oró repitiendo lo mismo. Regresó y volvió a encontrarlos dormidos, pues sus ojos estaban cargados. Ellos no sabían qué responderle. Volvió por tercera vez y les dijo:

–¿Todavía estáis durmiendo y descansando? Está hecho. ¡Basta ya! Ha llegado la hora. Mirad, el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos! ¡Vamos! Ya está aquí el que me va a entregar.

Aún estaba hablando Jesús cuando se presentó Judas, uno de los doce, y con él un tropel de gente con espadas y palos, enviados por los jefes de los sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos. El traidor les había dado una contraseña, diciendo "Al que yo bese, ése es; prendedlo y llevadlo bien seguro". Nada más llegar, se acercó a Jesús y le dijo:

–Rabbí.

Y lo besó. Ellos le echaron mano y lo prendieron. Uno de los presentes desenvainó la espada y, de un tajo, le cortó la oreja al criado del sumo sacerdote. Jesús tomó la palabra y les dijo

–Habéis salido con espadas y palos a prenderme, como si fuera un bandido. A diario estaba con vos-otros enseñando en el templo, y no me apresasteis. Pero es preciso que se cumplan las Escrituras.

Entonces todos sus discípulos lo abandonaron y huyeron. Un joven lo iba siguiendo, cubierto tan solo con una sábana. Le echaron mano, pero él, soltando la sábana, se escapó desnudo» (Mc 14,32-52).

«Getsemaní» significa en hebreo «lagar de aceite». Solo lo nombran Mateo (26,36) y Marcos (14,31); para Lucas, Jesús ora «*según su costumbre, en el monte de los Olivos*» (22,39); y Juan habla de un lugar «*al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto*» (18,1). En ese lugar contemplamos a Jesús en oración y a los tres amigos que se ha llevado consigo,

dormidos. Asistimos después a la llegada de Judas con una tropa para detenerle, a su arresto y a la huida de sus discípulos.

Nos disponemos a acompañar a Jesús al *huerto*:

Con la mirada atenta

- En ocasiones, *Jesús oraba en un monte* (Mt 14,23; Lc 9,28) *o en lugares desiertos* (Mc 1,35; Lc 5,16); otras veces, «*levantando los ojos al cielo*», se dirigía al Padre en medio de la vida (Mc 6,41; Jn 17,1).

- «*¡Abba, Padre...!*» Con esa llamada, Jesús sale de sí y se dirige a Otro que tiene nombre. No se trata de un éxtasis, sino que es expresión de su certeza de la presencia y la atención de Aquel que lo conduce. Al experimentar dolorosamente su propia impotencia, el modo que tiene de atravesarla consiste en fiarse sin reservas del Padre, a quien todo es posible y que le ama: «*No se haga como yo quiero, sino como quieres tú*».

- «*Aparta de mí esta copa de amargura*». Casi todos los personajes bíblicos presentaron ante Dios resistencias, pretextos y quejas: Moisés (Ex 4,10), Jeremías (1,6; 20,14-18), Jonás (1,3; 4,8-9), Elías (1 Re 19,4) o Pedro (Mt 16,22; 27,69-74). Todos ellos recorrieron el arduo camino que conduce del *No* al *Amén*. En la escena del huerto vemos a Jesús experimentando una fuerte resistencia a morir, luchando, suplicando y sudando sangre. Desde entonces, él va delante de quienes estén dispuestos a entrar en su mismo proceso: ese que nos va haciendo semejantes al Hijo y que puede durar toda una vida.

- Al final de la escena, Jesús dice: *«Está hecho. ¡Basta ya!»* (Mc 14,37). ¿Qué es lo que *está hecho*? Está anunciando el final del combate librado con «*el poder de las tinieblas*». No sale incólume de esa lucha (eso significa el término *agonía* en griego), como si fuera un héroe al que no ha rozado el miedo. El paso por el huerto enseña a Jesús lo que es sentirse acorralado por el terror, invadido por la tristeza y derribado en tierra por el peso de la angustia. Ya nada humano le es ajeno: ha descendido a esos «infiernos», se ha hundido en lo más profundo del sinsentido, ha conocido lo que es el impulso de huida, el temor ante la amenaza inevitable de la muerte. «*El espíritu está bien dispuesto, pero la carne es débil*» (Mt 26,41): esa fue la lección más difícil que el Hijo del hombre tuvo que incorporar a su aprendizaje de pertenencia a la condición humana. «*Aunque era Hijo, padeciendo aprendió a obedecer*», afirma el autor de la Carta a los Hebreos (5,8).

- «*¿Crees que no puedo acudir a mi Padre, que pondría a mi disposición enseguida más de doce legiones de ángeles?*» (Mt 26,53). Cuando parece necesitar el poder divino, Jesús no lo reclama, pero da a entender que podría disponer de él. «*Mandará a sus ángeles y te llevarán en sus palmas*» (Mt 4,6), le prometió el diablo para tentarlo; pero él no había venido a ser llevado en volandas, sino a llevar él mismo sobre sus hombros a los perdidos, como lleva un pastor a su oveja extraviada.

- *«Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos»* (Jn 18,8). Ni siquiera Judas, el traidor, es excluido de aquellos a los que debe dejarse en libertad. En su oración final en la cena

había dicho: «*Padre, guarda en tu nombre a los que me has dado. Mientras yo estaba con ellos en el mundo, yo mismo guardaba en tu nombre a los que me diste. Los he guardado de tal manera que ninguno de ellos se ha perdido, fuera del hijo de perdición, para que se cumpliera lo que dice la Escritura...*» (Jn 17,11-12). No emite un juicio final sobre Judas: por muy perversa que haya sido su acción, lo pone bajo la protección del Padre. ¿Un indicio de que «*el hijo de perdición*» no es Judas, sino Satán, como en 2 Tes 2,3?

❖ *«Se le acercó Judas y le dijo: "¡Salve, Maestro!", y lo besó. Jesús le dijo: "Amigo, ¿a qué vienes?"»* (Mt 26,49-50). Jesús sigue dirigiéndose a Judas como a un amigo y mantiene con él su relación fiel. Quizá recordó la queja de un salmista: «*Si mi enemigo me injuriase, lo aguantaría; si mi adversario se alzase contra mí, me escondería de él; pero eres tú, mi camarada, mi amigo y confidente, a quien me unía una dulce intimidad y con quien solía pasear, en medio del bullicio, en la casa de Dios...*» (Sal 55,12-13).

❖ *«Un joven lo iba siguiendo, cubierto tan solo con una sábana. Le echaron mano, pero él, soltando la sábana, se escapó desnudo».* En este personaje misterioso del evangelio de Marcos, y más allá de las preguntas que despierta (¿por qué aparece ahí?; ¿qué tipo de seguidor representa?; ¿qué significa ese lienzo de lino que le arrebatan?; ¿está anticipando al otro joven que aparecerá después en el sepulcro?...), es posible contemplar una metáfora del propio Jesús, que, despojado de todo, atraviesa desnudo y libre su Pasión.

En contacto con el propio corazón

❖ La escena de Getsemaní recuerda algo esencial de la existencia creyente: Jesús va y viene del Padre a sus discípulos, pasa una y otra vez de la oración a la relación con los suyos e invita a quienes le siguen a poner los pies en sus mismas huellas. Es como si dijera: «No separéis nunca a Dios de vuestros hermanos...». Existe una identificación entre el modo en que nos relacionamos con los demás y el modo en que lo hacemos con Dios, y la única forma de «evaluar» nuestra fe en Él es examinar cómo es la fe que tenemos en los demás.

✓ Expongo sin miedo ante el Señor mis dificultades para confiar en otros y evoco situaciones en las que he vivido rupturas de esa confianza y cómo las he superado.

❖ Los discípulos que Jesús se lleva a orar son los mismos que le acompañaron en la resurrección de la hija de Jairo y en la transfiguración. En el monte fueron incapaces de encajar la manifestación de gloria; tampoco aciertan ahora a acompañarle en su extremo despojamiento. «*Se acercó a sus discípulos y los encontró dormidos...; se acercó de nuevo...; se acercó por tercera vez...*» Necesitaba de sus amigos hasta para seguir respirando; los buscaba para pasar su miedo junto a ellos, para no encontrarse a solas con su tristeza, para no sentirse abandonado. Pero ellos dormían: era su manera de escapar de la angustia y mantenerse al margen del drama que se avecinaba.

✓ Imagino que se me acerca Jesús, presente en cada uno de mis hermanos y hermanas, en busca de mi compañía, mi atención, mi tiempo. Me siento ante un dilema: desentenderme y refugiarme «en el sueño» o decidir «estar despierto» para él... Hablo con Jesús acerca de cómo desearía reaccionar.

❖ «*No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú...*» Jesús era consciente de estar en la situación extrema en la que se jugaba toda su existencia. Y en ese momento elige entregarse absoluta y enteramente a Dios, con una confianza sin reservas. En torno a él va a constituirse una familia de seguidores: tendrán que aprender a no organizar ya sus vidas en función de sus propios intereses, sino haciéndolos coincidir con los deseos del Padre.

✓ Consulto con mi corazón si me siento llamado a formar parte de esa «familia».

❖ En una ocasión, los discípulos dijeron a Jesús: «*Maestro, come*»; y él les contestó: «*Yo tengo otro alimento que vosotros no conocéis. Mi alimento es cumplir la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra*» (Jn 4,32-33).

✓ Me pongo ante Jesús para intentar comprender el significado de esas palabras, cuáles son los deseos y la «obra» del Padre que le nutren y le sacian como una buena comida. Tomo contacto con mi manera de situarme ante la voluntad de Dios: si siento que amenaza mi vida o mis proyectos o que me contraría en mi crecimiento vital... Pido a Jesús llegar a vivirla, no como una exigencia o una imposición, sino como el sueño de Dios sobre mí, como su deseo de darme «*vida en abundancia*» (Jn 10,10). Expreso ante él mi confianza en que, si hago de ella mi alimento, crecerá lo mejor de mí mismo y me llenará de alegría.

❖ Javier, ocho años. Tiene que decidir si finalmente va quince días al campamento de verano de los scouts, sin regresar a casa. Al final, se acerca a su padre y le dice al oído: «Papá, quiero ir. Si en el último momento me entra miedo, tú insiste». Algo de eso es lo que hizo Jesús aquella noche: se acercó al Padre cargado con sus temores y le pidió que «le insistiera»...

✓ Ensayo ese modo de oración...

❖ Después de un largo proceso de acompañamiento, una mujer maltratada por su marido durante varios años se decide a decir: «¡Hasta aquí! ¡Basta ya! ¡Se acabó!» El poeta Luis Rosales lo expresa así: «Y sé que el corazón hay que reunirlo poco a poco, hay que reunirlo prematuramente, para poder tenerlo junto en el momento necesario». La oración de Jesús aquella noche fue su manera de «reunir poco a poco» su voluntad con la de su Padre, para poder tenerlas juntas cuando llegaran a arrestarlo.

✓ Me pongo ante él pidiéndole que me ayude en esa tarea de armonización...

❖ «*Judas, llevando consigo un destacamento de soldados romanos y los guardias puestos a su disposición por los jefes de los sacerdotes y los fariseos, se dirigió a aquel lugar. Iban armados y llevando linternas y antorchas*» (Jn 18,3). Vienen a buscar a la luz del mundo llevando consigo su propia luz, linternas y antorchas.

✓ No necesito llevar mi propia luz (mis ideas, mis palabras...) cuando voy a encontrarme con el Señor en la oración. La luz es él, y es en mi oscuridad donde puede resplandecer.

❖ La angustia forma parte inseparable de la condición humana. Es ella, junto al impulso de vida, la que provoca el empujón que nos permite salir del útero materno. Las últimas semanas en el seno materno, el bebé vive la angustia de la falta de espacio que, paradójicamente, durante los meses anteriores le ha permitido desarrollar sus capacidades

fundamentales para poder vivir. Nacer es salir a otro lugar, todavía desconocido e inhóspito para el recién nacido. El temperamento adquirido en la gestación nos hacen traducir la angustia de la partida en tres posibles sensaciones que quedarán impresas en nosotros el resto de nuestra vida. La *primera* es la desconfianza, que nos hará especialmente susceptibles a sentir miedo. La *segunda* es el desvalimiento, que nos hace vulnerables a la soledad. La *tercera* es la sensación de impotencia, que genera en nosotros frustración y rabia. En la edad adulta, la vida nos pone a veces en situaciones donde se vuelve a despertar la angustia primera, concretada en *miedo, soledad* e *impotencia*.

Jesús, plenamente hombre, tuvo también que atravesarlas para vivir en coherencia con la misión recibida. No le valieron las herramientas que la naturaleza nos ofrece para aliviar la angustia: ni su madre, ausente en ese momento, ni sus amigos, que duermen, ni su carácter fueron suficientes para paliar su *miedo*, su *soledad* y su *impotencia*. Solo su oración callada le permitió atravesar su angustia. En ella, Dios Padre le dio las tres soluciones creativas que entrega a quien se abandona en Él: «*confía*», «*yo estaré contigo*», «*te basta mi gracia*». Así traduce su entrega: «*Acepto*». «*Que se haga tu voluntad, no la mía*».

✓ Reconozco algunos momentos de angustia vividos y lo que desencadenan en mí: miedo, soledad, rabia... Hago mías, como un *mantra* que me acompañe día y noche, las consignas escuchadas en lo más hondo de mí: «*confía*», «*yo estaré contigo*», «*te basta mi gracia*».

❖ «*Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas*» (Lc 22,28). Se lo había dicho Jesús a los suyos en el cenáculo, pero ellos en el huerto no supieron hacer verdad esas palabras y le dejaron solo. Sin embargo, la invitación sigue ahí, llamando a permanecer junto al Señor y aventurarse en el camino del discipulado. Y permanecer con él significa hoy «estar allí donde acaece el sufrimiento humano, allí donde se escuchan los clamores de los humanos» (*Were you there when they crucified my Lord?*, como dice el canto de los negros oprimidos de Estados Unidos y que vale más que muchas páginas de eclesiología). «Permanecer junto al herido en el camino, porque el lugar de la Iglesia y de cada seguidor de Jesús es "lo otro", la alteridad más radical del sufrimiento ajeno, sobre todo el masivo, cruel e injusto»[3].

✓ Recordar los rostros de tantos hombres y mujeres que viven en esos lugares y situaciones. Recordar, precisamente ahí, la invitación de Jesús a «*permanecer junto a él en la prueba*».

Ensanchando el horizonte

❖ ***Sobre la voluntad de Dios.***

La voluntad de Dios –podría haber dicho Jesús– «se parece a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, *por la alegría*, fue y lo vendió todo para comprar aquel campo» (Mt 13,44). No por voluntarismo ni por resignación ni por sometimiento, sino «*por la alegría*», por el mismo gozo secreto de saberse en posesión de algo valioso que le hacía decir: «*Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis: hacer la voluntad de*

mi Padre» (Jn 4,34). Un alimento que produce disfrute, vitalidad, crecimiento, plenitud y alegría.

La oración de Jesús en el huerto comienza por una invocación confiada al Padre, y eso revela, no ya el acatamiento de un siervo que se somete, sino la comunión, la afinidad, la adhesión profunda de un hijo que se fía. Por eso en el Padre nuestro, antes de decir «hágase tu voluntad...», decimos: «¡Padre!», poniéndonos en contacto con las fuentes de la confianza filial, con el regalo de una existencia recibida, afirmada, «agraciada» por Él, tranquila de saberse en buenas manos. Solo así podemos coincidir con Jesús en su manera de «hacer la voluntad» del Padre no como quien completa un *puzzle*, sino como quien compone una sinfonía.

La Biblia emplea con frecuencia el verbo *dabaq* (estar adherido, pegarse, aferrarse, unirse, arrimarse), que expresa la actitud que espera de su pueblo: «*Elige la vida, y vivirás tú y tu descendencia amando al Señor tu Dios, escuchando su voluntad, adhiriéndote a él, pues él es tu vida*» (Dt 30,19). Se trata de una irresistible atracción que empuja al que se adhiere a no soltarse ni separarse de aquello en lo que le va la vida. Nadie lo dicta desde fuera; es el propio deseo de *ser* y de *vivir* lo que empuja desde dentro, lo mismo que impulsaba a Jesús a decir al Padre: «No mi nombre, sino el tuyo; no mi gloria, sino la tuya; no mi voluntad, sino la tuya...; no mi vida, sino la de ellos»... Porque la voluntad de Dios (su *complacencia*, su *aspiración*, su *amor*, su *alegría*...), su deseo más hondo sobre nosotros, es que nos fiemos plenamente de que en esa voluntad suya que nos alcanza *todo es gracia*.

❖*Compartir el miedo.*

«El episodio de la mujer sorprendida en adulterio ocupa en el evangelio de Juan (8,1-11) el lugar de Getsemaní en los evangelios sinópticos. A través de la historia de una mujer sola y aterrorizada es posible intuir algo del miedo de Jesús a su propia muerte. En la escena, el miedo está presente en todos los personajes: en la mujer; en los escribas y fariseos; en el propio Jesús, que tiene que padecer el suyo en vísperas de su prendimiento. Lo mismo que en el huerto, elige el silencio ("*inclinándose, escribía en el suelo*...") y se calla para exponer ante Dios lo que le divide y atormenta, para escuchar otra Voz diferente de la suya, la Voz que le permite sentirse acompañado en lo más profundo de su silencio interior por el miedo de la mujer y descifrar, desde ahí, las etapas de la pasión que le espera. Lo mismo que ella, va a ser apresado, arrastrado, abandonado por todos, expuesto a las miradas y a las burlas, llevado ante las autoridades religiosas, condenado según la ley; y, lo mismo que ella, se refugiará en el silencio [...] Para ser verdadero hombre tenía que descender hasta las raíces más oscuras de la condición humana, hasta ese miedo mudo que el mal desencadena y alimenta en el abismo de la impotencia. Más allá de las etiqueta de *culpable* o *no-culpable*, Jesús se retira a ese territorio del miedo que nos es común a todos, y esa comunión suya con la humanidad está en el corazón del misterio de la Encarnación» (LYTTA BASSET[4]).

❖*Descender al corazón.*

«Nuestro corazón es como la tierra, que tiene una parte de luz y otra en sombras. Descender para conocerlo bien es muy difícil, muy doloroso, pues siempre es arduo aceptar que una parte de nosotros está en la sombra. Además, contra ese doloroso

descubrimiento se oponen en nuestro interior muchas defensas: el orgullo, la presunción de ser amos inapelables de nuestra vida, la convicción de que basta con la razón para arreglarlo todo. El orgullo es quizá el obstáculo más grande: por eso es preciso valentía y humildad para examinarse con hondura» (SUSANNA TAMARO[5]).

❖ ***Cera en sus manos.***

«¿No habéis oído –que ya aquí lo he dicho otra vez, aunque no a este propósito– de la Esposa, que la metió Dios a la bodega del vino y ordenó en ella la caridad? Pues esto es que, como aquel alma que ya se entrega en sus manos y el gran amor la tiene tan rendida que no sabe ni quiere más que haga Dios lo que quisiere de ella (que jamás hará Dios, a lo que yo pienso, esta merced sino a alma que ya toma muy por suya), quiere que, sin que ella entienda cómo, salga de allí sellada con su sello. Porque verdaderamente el alma allí no hace más que la cera cuando imprime otro el sello, que la cera no se le imprime a sí, solo está dispuesta, digo blanda; y aun para esta disposición tampoco se ablanda ella, sino que se está queda y lo consiente. ¡Oh bondad de Dios, que todo ha de ser a vuestra costa! Solo queréis nuestra voluntad y que no haya impedimento en la cera» (TERESA DE JESÚS[6]).

Leo atentamente estos textos. Les hago espacio y escribo algo de lo que se ha quedado en mi memoria. Me apropio de ellos: subrayo, medito, los hago míos. Los conecto con mi experiencia. Me doy cuenta de qué me han aportado en mi visita al *huerto*.

Transformados por lo contemplado

Vivido en una terapia: una religiosa misionera vivió en Ruanda el intento de exterminio de la población tutsi por parte del gobierno hegemónico hutu. Muchas personas murieron, otras muchas fueron heridas, torturadas y violadas, y ella quedó embarazada sin buscarlo.

Después de un largo proceso de discernimiento, ella elige continuar con su embarazo, con lo que eso supone de cambio absoluto en su primera opción de vida. Estas fueron sus palabras: «Continúo con el embarazo. Nunca pensé que fuera a llevar a África tan adentro».

Había aprendido en su larga noche de *huerto* que, como dice Viktor Frankl, «la última de las libertades humanas es elegir cómo vivir lo que nos toca vivir».

---

[3] José LAGUNA, *Acogerse a sagrado. La construcción política de lugares habitables*, Cuadernos CyJ 210, Barcelona 2018, 10s.

[4] *«Moi, je ne juge personne». L'Évangile au-delà de la morale*, Paris 1998, 51-87.

[5] Citado por Alfonso AGUILÓ: http://bitly/2REunBE

[6] *Moradas Quintas* 2, 12.

EL PATIO

«*MIENTRAS Pedro estaba abajo, en el patio, llegó una de las criadas del sumo sacerdote. Al ver a Pedro calentándose junto a la lumbre, se le quedó mirando y le dijo:*

–También tú andabas con Jesús, el Nazareno.

Pedro lo negó diciendo:

–No sé ni entiendo de qué hablas.

Salió afuera, al portal, y cantó un gallo. Lo vio de nuevo la criada y otra vez se puso a decir a los que estaban allí:

–Este es uno de ellos.

Pedro lo volvió a negar.

Poco después, también los presentes decían a Pedro:

–No hay duda. Tú eres uno de ellos, pues eres galileo.

Él comenzó entonces a echar imprecaciones y a jurar:

–Yo no conozco a ese hombre del que me habláis.

En seguida cantó el gallo por segunda vez. Pedro se acordó de lo que le había dicho Jesús: "Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres", y rompió a llorar» (Mc 14,54-72)

«*Entonces el Señor se volvió y miró a Pedro*» (Lc 22,61)

En el atrio o *patio* del palacio de Caifás, varios sirvientes, y Pedro con ellos, se calientan en torno al fuego, porque hace frío esa noche. Va a ser un lugar de negación, ruptura y llanto de arrepentimiento. Llegamos con Pedro a ese lugar:

Con la mirada atenta

- La Escritura guarda memoria de muchas historias de traiciones, abandonos y deslealtades. A José, el hijo preferido de Jacob, lo abandonaron sus hermanos dentro de un pozo y luego lo vendieron como esclavo (Gn 37). Dalila traiciona a Sansón (Jue 16,18), y Saúl a David (1 Sm 18,17). El Señor mismo avisa a Jeremías «*Hasta tus hermanos y tu familia te traicionan, ellos mismos andan diciendo a tus espaldas: "¡Basta!" No los creas cuando te dan buenas palabras*» (Jr 12,6).

  Pablo se queja de los abandonos sufridos: «*Me han abandonado todos los de Asia, incluidos Figelo y Hermógenes [...]; Dimas, enamorado de este mundo, me ha abandonado y se ha ido a Tesalónica; Crescente se ha ido a Galacia; Tito a Dalmacia.*

Solo Lucas se ha quedado conmigo [...] Alejandro el metalúrgico se ha portado muy mal conmigo» (2 Tim 1,15; 4,9.14).

Después de escuchar sus palabras sobre el Pan de vida, un grupo de discípulos abandonó a Jesús, y él preguntó a los demás: «*¿También vosotros queréis marcharos?*» (Jn 6,66). No lo hicieron en aquel momento, pero lo harán en el huerto, dejándole solo.

❖ En los relatos evangélicos en los que aparece, Pedro peca casi siempre de un «exceso de lenguaje», con distintos resultados. Acertó en su respuesta a la pregunta de Jesús: «*"¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?" [...] "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo"*» (Mt 16,17); y también cuando proclamó: «*¿Adónde vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna*» (Jn 6,68). Pero otras veces habla sin saber lo que dice, como cuando, en la transfiguración, quería levantar unas tiendas que nadie necesitaba (Mc 9,5); o cuando pidió a Jesús ir a su encuentro andando sobre el agua y se hundió (Mt 14,22-34); o cuando en el huerto sacó la espada y cortó la oreja de uno de los que venían a detener a Jesús (Jn 18,10); o cuando en el lago, después de la resurrección de Jesús, pretendía saber cuál iba ser el futuro de Juan, y Jesús le contestó de manera tajante: «*¿A ti que te importa? Tú sígueme*» (Jn 21,21).

❖ Los evangelistas ponen de relieve la fuerte crisis que atravesó Pedro cuando escuchó a Jesús hablar de sufrimiento y de rechazo. Se atrevió a poner en marcha sus argumentos «anti-pasión», se llevó a Jesús aparte y se puso a increparle para que no se adentrara en aquel camino equivocado que le llevaría a la muerte. La reacción de Jesús fue violenta: «*¡Ponte detrás de mí, Satanás, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!*» (Mc 8,31-33). Y Pedro tenía que aprender que, si ponía su fe en Jesús, no podría ser él quien eligiera el camino, sino que tenía que ponerse detrás del Maestro, confiando en que este le conduciría.

❖ «*Al terminar la cena, Jesús dijo a sus discípulos: "Todos vais a fallar, porque está escrito: 'Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas'. Pero después de resucitar, iré delante de vosotros a Galilea". Pedro le replicó: "Aunque todos fallen, yo no". Jesús le contestó: "Te aseguro que hoy, esta misma noche, antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres". Pedro insistió: "Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré". Todos decían lo mismo*» (Mc 14,29-31).

La reacción de Pedro pone de manifiesto que no ha escuchado de verdad a Jesús y que sigue aferrado a su propia manera de entender las cosas. Jesús está anunciando una separación y un nuevo encuentro en el que él mismo volverá a caminar, como pastor, delante de ellos; pero Pedro no acepta ese anuncio, se autoexcluye del grupo y pretende vincularse con Jesús de manera individual. Jesús le avisa de que va a negarle tres veces antes de los dos cantos del gallo y que va a suceder de inmediato, «*esta misma noche*»; y lo hace empeñando su palabra: «*En verdad, en verdad te digo...*» La noche simboliza la falta de adhesión de Pedro a lo que Jesús dice: convencido de su propia fidelidad, se desvincula del grupo de los Doce y se afirma en un yo-tú: «*Aunque tenga que morir contigo, yo nunca te negaré*». Los demás discípulos le imitan, y el grupo queda destruido («*se dispersan las ovejas del rebaño*»). Ninguno ha escuchado lo que Jesús ha querido confiarles: afirman que quieren compartir su destino, pero empiezan a «negarle» al no compartir sus palabras.

❖ En el comienzo de la escena, Pedro está a rostro descubierto ante una mujer que se dirige

directamente a él y lo identifica como alguien que «*está con Jesús*». En ese primer momento, Pedro se refugia en el «no comprender», trata de tomar distancia ante una situación embarazosa y sale para esquivar la mirada de la mujer. Su negación en este primer momento es indirecta: se centra en lo que dice la mujer y no toca directamente su «estar con» Jesús. Pero en la tercera negación Pedro da a entender que «estar del lado de Jesús» es algo indeseable y condenable: la separación respecto del Maestro es ahora más honda. Al final, va aún más allá: «*No conozco a ese hombre del que habláis...*» No niega solo el hecho de pertenecer al grupo de partidarios de Jesús: niega el vínculo mismo que le une con él, y lo hace con imprecaciones y juramentos. Sus negaciones lo encierran en la mentira: ha negado la realidad de ser «uno de ellos», de «estar con Jesús», de conocerlo; niega incluso la fuerte relación personal que existe entre ellos[7].

❖ «*Pedro, saliendo afuera, lloró amargamente*». Hay muchas lágrimas en la Biblia, y muchos de sus personajes lloran por distintas causas: lloran Esaú y Jacob cuando se reconcilian después de años de enemistad (Gn 33); llora José al reconocer a sus hermanos, a los que había hecho venir a Egipto: «*rompió a llorar tan fuerte que los egipcios lo oyeron, y la noticia llegó a casa del Faraón*»; y sigue una escena de perdón y abrazos en la que todos sollozan (Gn 45); «*Si marcharon llorando, los conduciré entre consuelos...*», promete el Señor por boca de Jeremías. Según la tradición judía, debían pasar junto a la tumba de Raquel, y ella, la inconsolable por su desgracia, será consolada por el Compasivo (Jr 31,9.15). «*El Señor enjugará las lágrimas de todos los ojos*», anunció Isaías (Is 25,7); y un salmista proclama con seguridad: «*Mi vida errante la tienes registrada en tu libro, mis lágrimas están guardadas en tu odre*» (Sal 56,8).

David lloró la muerte de su amigo del alma, Jonatán (2 Sm 1,17ss) y también la de su hijo Absalón (2 Sm 19,1-2). Llora también Jesús en la muerte de Lázaro, su amigo, «*y decía la gente: "¡Cuánto le quería!"*» (Jn 5,36).

En contacto con el propio corazón

❖ «*Volviéndose el Señor, miró a Pedro*» (Lc 22,61). Contemplo al Señor mirando a Pedro. Me doy cuenta de que no hay ni rastro de reproche o de severidad en sus ojos. Me expongo también yo ante esa mirada, capaz de ver el deseo de serle fiel y comenzar de nuevo, que late en lo profundo de mi corazón, más allá de mis fallos e incoherencias. Hago mías las palabras de Pedro en el lago: «*Tú lo sabes todo, tú sabes que te amo*».

✓ Conecto con mi deseo de ser «*de los suyos*» y pido a Jesús llegar a tener ese «acento galileo» que haría reconocer a otros que le pertenezco y que soy portador de las marcas de su Evangelio...

❖ Como en algunas tablas flamencas, la escena de Pedro en el patio forma un díptico con la de las preguntas de Jesús a la orilla del lago (Jn 21,15-19), y conviene leerlas una tras otra. En la segunda, Jesús pregunta a Pedro: «*Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?*», y Pedro le contesta: «*Sí, Señor, tú sabes que soy tu amigo*». Jesús vuelve a preguntarle: «*Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*», y Pedro responde: «*Sí, Señor, tú sabes que soy tu amigo*». La tercera vez, Jesús pregunta de distinta manera: «*Simón, hijo de Juan, ¿eres mi amigo?*», y Pedro, entristecido, le responde: «*Señor, tú lo sabes todo. Tú*

sabes que soy tu amigo». Las dos primeras veces se usa *agapáō*, el verbo que en el NT se refiere al amor con que Dios nos ama. En la respuesta de Pedro aparece *filéō*, el verbo que alude a la amistad humana. El que sabía de negaciones y caídas ya no presume de sus fuerzas ni pretende «amar más que otros»; se ha vuelto más humilde y conoce mejor sus límites; y cuando Jesús le pregunta por tercera vez, empleando ahora el verbo *filéō*, le contesta sin remitirse a su determinación de amarle, sino desde la seguridad de ser conocido y querido por su Maestro tal como es, más allá de su «tropiezo» (es la expresión que aparece en labios de Jesús en el cenáculo para hablar de la traición de sus discípulos).

✓ Me expongo con la historia de mis «tropiezos» ante la zarza ardiente del amor del que puede sanar y rehacer mi vida. Lo mismo que Pedro, he estado muchas veces «fuera» y «a distancia», pero Él me espera ahora para que vuelva «dentro» y pueda repetirle: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que soy tu amigo».

❖ El canto del gallo «despierta» a Pedro, le hace volver de su desvarío, le «convierte». Se había situado «de espaldas» a Jesús, eligiendo su propia seguridad, aferrándose a «salvar su vida» y protegerla ante cualquier amenaza.

✓ Tomo conciencia de qué «cantos de gallo» han tenido el poder de despertarme en algunas situaciones de mi vida. Me reconozco formando parte de una humanidad tentada de vivir ensimismada y «de espaldas» a los inmensos desafíos que nos toca afrontar (las desigualdades, la destrucción de la naturaleza, los autoritarismos, las migraciones forzosas...). Dejo que resuenen en mi conciencia las voces que promueven unas metas diferentes: acoger al extraño, cuidar lo frágil, hacer las paces con la naturaleza, optar por la solidaridad, los derechos, la inclusión y la participación. Las acojo como «el canto del gallo» que hoy nos despierta[8].

❖ Tenemos el reto de cultivar la comprensión y compasión con nosotros mismos, de amarnos mucho para reconocernos como realmente somos. Pedro lo logra, y su testimonio es una invitación a realizar también nosotros el mismo itinerario. Podemos sintetizarlo en tres pasos:

En un primer momento, Pedro *reconoce humildemente su fragilidad*. No puede defender a su amigo. Le vence el miedo y, como una enredadera, va invadiéndole la vergüenza. Cada pregunta junto al fuego le quema por dentro. «¿No eres tú...?» «No, no lo soy». Es una respuesta que abrasa. Tanto que solo el llanto empieza a calmarle, y necesita salir de ese escenario para encontrar a los amigos, escondidos como él, para reconocerse en ellos. Acude esta vez como un igual, para dejarse sanar y cuidar. Lo contrario de justificarse. Necesita tomar distancia, observar su trampa, «pescarse», «darse cuenta», para quitar los barrotes de la prisión interna que le condenan. Se da cuenta de que no puede, por lo limitado que es. Y esta vez no se rebela ni se abandona, sino que acepta humildemente la realidad de su impotencia.

A continuación, acepta el reto, la voluntad de vivir: *acoge lo que hay*. Frente a su fantasía de omnipotencia y la caída de su narcisismo herido, recuerda en la distancia que, en medio de su negación, hubo una mirada de compasión y acogida. Revive una y otra vez su negación, pero no se queda en ella. Logra traspasar su vulnerabilidad para sostenerse en los ojos del amigo que le había destapado su autoengaño, pero seguía contando con él. Pedro sale de sí mismo y mira de frente: Jesús le está confrontando con su verdad. Se la pone delante, lo mismo que hace la vida cuando la tomamos entre las manos y nos preguntamos qué queremos hacer con ella.

Finalmente, Pedro *reconoce su don, lo asume y lo ofrece*. Más allá de sí, más adentro, no solo integra su fragilidad, sino que le da sentido. Transforma su error en aprendizaje y en enseñanza para otros. La experiencia del encuentro trasciende su flaqueza, y surgen la valentía y el coraje para ser testigo y testimonio del amor incondicional recibido.

Si nos observamos con sinceridad y sin juzgarnos, nuestra vida puede ser un maravilloso despliegue de belleza y dicha. Esta es nuestra esencia, una chispa individual de lo divino.

✓ El patio me invita a nacer de nuevo. A mirarme con otros ojos. No tanto a mirar lo que me falta y lo que tendría que mejorar, a revisar mis fallos, sino a mirar todo lo que ya tengo y soy. Así mira Jesús a Pedro, rescatando la historia compartida. Solo basta reconocerlo. Destapar lo oculto para que salga lo mejor que hay en mí.

Ensanchando el horizonte

❖ ***Un personaje inesperado.***

«En el patio del palacio de Caifás, cuando Pedro está negando conocer a Jesús, acontece una intervención repentina de otro "personaje" externo, un tercero inesperado. El canto del gallo no es una palabra ni está dotado de una intención de comunicación, pero se convierte en una señal para Pedro, le recuerda la palabra de Jesús y pone al discípulo en relación con su Maestro. Tiene efectos corporales en Pedro, que "se rompe", se viene abajo, se funde. Llora al caer en la cuenta de que ha perdido un valor inestimable: el de "estar con Jesús", que ardientemente deseaba mantener hasta la muerte. Pero, gracias al canto del gallo, la palabra-signo de Jesús se hace oír y despoja a Pedro de la imagen que tenía de sí mismo. Ha necesitado este tropiezo para nacer de nuevo a la relación con él; tiene que reconstruir su "estar con" fiándose de la palabra de Jesús que le recuerda el gallo y que él no había querido escuchar. Al llorar, reconoce el valor perdido, y es ya una manera de ponerse del lado de Jesús, un primer paso en el camino de un nuevo seguimiento. Al oír cantar al gallo, Pedro está escuchando a Jesús y comprende que lo que le había dicho y él había rechazado era para enseñarle a confiar en sus palabras. Ha dejado de ser el discípulo que creía ser hasta ese momento, y ahora puede empezar a serlo desde la fe en la palabra del Maestro. Antes no la había escuchado como palabra que debía aceptar: le faltaba la capacidad de recibirla, porque estaba demasiado seguro de sí mismo.

El canto del gallo le vacía de su yo anterior, tal como él lo concebía, y permite que la palabra de Jesús penetre en él. En adelante, para dar testimonio de Jesús, Pedro no necesitará apoyarse en su valentía de discípulo: deberá más bien creer en aquel que le habla y asumir la verdad de su palabra. Algo en Pedro se derrumba y derrite, no por la violencia de los golpes, sino por la penetración de la palabra, que le permite nacer de nuevo. Ahora está en disposición de creer en el valor de todas las demás palabras de Jesús que había escuchado estando junto a él y que interpretaban los acontecimientos» (JEAN DELORME[9]).

Volver adentro. «Comprender el secreto de la cruz no es algo que hacemos de una vez por todas. A veces lo entendemos y estamos dentro del círculo de la comprensión; y a

veces no lo entendemos y nos quedamos fuera. Por ejemplo, después de que Pedro negara a Jesús durante la pasión, los evangelistas nos dicen que "Pedro salió afuera"; y se están refiriendo a algo más que a una simple salida por alguna puerta del patio. Negando que conocía a Jesús y sin asumir el peso de lo que podría sucederle si permanecía fiel, Pedro estaba saliendo del círculo del discipulado y de una verdadera comprensión de la vida. Cuando negó a Jesús, estaba "fuera". También nosotros, en nuestro seguimiento de Jesús, salimos a veces "afuera" cuando nos rendimos a la tentación o a la adversidad. Pero entonces, si nos arrepentimos de nuestra traición, podemos, como Pedro, volver "adentro"» (RON ROLHEISER[10]).

Valor para mirar. «Yo he tenido unas relaciones bastante buenas con el Señor. Le pedía cosas, conversaba con él, cantaba sus alabanzas, le daba gracias... Pero siempre tuve la incómoda sensación de que él deseaba que le mirara a los ojos, cosa que yo no hacía. Le hablaba, pero desviaba mi mirada cuando sentía que él me estaba mirando; miraba siempre a otra parte y sabía por qué: tenía miedo. Pensaba que en sus ojos iba a encontrar una mirada de reproche por algún pecado del que no me hubiera arrepentido. Pensaba que en sus ojos iba a descubrir una exigencia, que había algo que él deseaba de mí. Al fin, un día, reuní el suficiente valor y miré. No había en su mirada reproche ni exigencia. Sus ojos se limitaban a decir: "Te quiero". Me quedé mirando fijamente durante largo tiempo, y allí seguía el mismo mensaje: "Te quiero". Y, al igual que Pedro, salí afuera y lloré» (ANTHONY DE MELLO[11]).

Leo atentamente estos textos. Les hago espacio y escribo algo de lo que se ha quedado en mi memoria. Me apropio de ellos: subrayo, medito, los hago míos. Los conecto con mi experiencia. Me doy cuenta de qué es lo que me han aportado en mi visita al *patio*.

Transformados por lo contemplado

La mirada perdonadora del Señor no solo nos devuelve la inocencia perdida, también nos permite mirar la realidad y a nosotros mismos con la inocencia de los niños.

Javier, 6 años: «¿Tú lo sabes, papá? Cuando cae la lágrima de un niño al jardín, ¿se convierte en una flor?». Lo pregunta después de ver en un programa a Nelson Mandela, castigado en la cárcel por escribir aunque le estaba prohibido. Javier se ha echado a llorar «porque han metido a ese señor en la cárcel por escribir con un lápiz tan chico».

Los limpios de corazón encuentran otros ángulos diferentes de mirada, y eso les da otra visión sobre las personas y situaciones; ¡también sobre uno mismo! Solo hay una condición de acceso: haber atravesado personalmente una experiencia de fragilidad.

---

[7] Jean DELORME, *L'heureuse annonce selon Marc. Lecture intégrale du deuxième évangile* II, Paris–Montréal 2008, 528.

[8] Cf. Jorge RIECHMANN – José Ignacio GONZÁLEZ FAUS – Carmen MAGALLÓN, *¡Despertemos! Propuestas para un humanismo descentrado*, Cuadernos CyJ 209, Barcelona 2018.

[9] *Op. cit.*, 531-534.

[10] *Reflexiones de espiritualidad* (Antología de textos a cargo de Juan Manuel MARTÍN MORENO).

[11] *El canto del pájaro*, Sal Terrae, Santander 1982, 32.

EL MONTE

«*Condujeron a Jesús hasta el Gólgota, que quiere decir "lugar de la Calavera". Le daban vino mezclado con mirra, pero él no lo tomó. Lo crucificaron y se repartieron sus vestidos, echándolos a suertes, para ver qué se llevaba cada uno. Eran las nueve de la mañana cuando lo crucificaron. Había un letrero en el que estaba escrita la causa de su condena: "El rey de los judíos". Con Jesús crucificaron a dos ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda. Los que pasaban por allí lo insultaban, meneando la cabeza y diciendo:*

–¡Eh, tú, que destruías el templo y lo reedificabas en tres días! ¡Sálvate a ti mismo, bajando de la cruz!

Y lo mismo hacían los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley,

que se burlaban de él diciendo:

–¡A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse! ¡El Mesías! ¡El rey de Israel! ¡Que baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos!

Hasta los que habían sido crucificados junto con él lo injuriaban. Al llegar el mediodía, toda la región quedó sumida en tinieblas hasta las tres. Y a eso de las tres gritó Jesús con fuerte voz:

–Eloí, Eloí, ¿lema sabakhtaní? (que quiere decir: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?").

Algunos de los presentes decían al oírle:

–Mirad, llama a Elías.

Uno fue corriendo a empapar una esponja en vinagre y, sujetándola con una caña, le ofrecía de beber, diciendo

–Vamos a ver si viene Elías a descolgarlo.

Pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró.

El velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo. Y el centurión que estaba frente a Jesús, al ver cómo había expirado, dijo

–Verdaderamente, este hombre era hijo de Dios.

Estaban allí algunas mujeres contemplando la escena desde lejos. Entre ellas, María Magdalena, María, la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé, que habían seguido a Jesús y lo habían servido cuando estaba en Galilea. Y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén» (Mc 15,20-41).

Crucificaron a Jesús en el Gólgota, una colina abovedada en forma de calavera (de ahí *Calvario*...), fuera de las antiguas murallas de Jerusalén. Seguimos a Jesús en su subida a ese monte, lugar de la entrega final de su vida:

Con la mirada atenta

- En contraste con otros símbolos bíblicos para significar la oscuridad (la cueva, la tienda, la fosa, el vientre del pez...), montes como el Sinaí, el Horeb, el Tabor, el Hermón, el Carmelo o el monte Sion evocan la visibilidad luminosa, la dignidad y la altura. Los salmistas y los profetas los nombran con frecuencia: «*Señor ¿quién habitará en tu monte santo? El que procede con rectitud y se comporta honradamente*» (Sal 15,1); «*Levanto los ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?*» (Sal 121,1); «*Al final de los tiempos estará firme el monte del templo del Señor; sobresaldrá sobre los montes, dominará sobre las colinas. Hacia él afluirán todas las naciones, vendrán pueblos numerosos. Dirán: "Venid, subamos al monte del Señor, al templo del Dios de Jacob; Él nos enseñará sus caminos, y marcharemos por sus sendas"*» (Is 2,1-2).

- Así concluye el cántico triunfal de Moisés y los israelitas después de atravesar el Mar de los Juncos: «*Lo introduces y lo plantas en el monte de tu heredad, el lugar del que hiciste tu **trono**, Señor; santuario, Señor, que fundaron tus manos. El Señor reina por siempre jamás*» (Ex 15,17). «*He entronizado a mi **rey** en Sion, mi monte santo*» (Sal 2,6). «*Te adelantas a bendecirlo con el éxito, pones en su cabeza una **corona** de oro puro*» (Sal 21,4). *Trono, realeza* y *corona*: el título que mandó Pilato clavar sobre la cruz de Jesús proclama, como una burla, esa realeza: *Jesús nazareno, Rey de los judíos*. El que había huido en todo momento de ser proclamado rey tuvo como trono el *sedile* del madero, y su corona estaba tejida con ramas de espino. Recibe el título como una última injuria.

- «*Estaban allí algunas mujeres contemplando la escena desde lejos*» (Mc 15,41). En el monte están ausentes los *discípulos*, pero no ellas, que aparecen como iconos del verdadero discipulado: *están* con Jesús, lo *han seguido*, lo *han servido*, *han subido* con él a Jerusalén. Están presentes mirando y observando, sin participar en las acciones del enterramiento; guardando todo en la memoria para entrar en acción cuando llegue el momento. Después del sábado, en la mañana del Primer Día de la semana, ellas serán las únicas activas: irán a embalsamar el cadáver de Jesús, pero la tumba estará vacía.

- «*Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y al punto brotó sangre y agua*» (Jn 19,33). Los profetas hablan de ese manantial de agua viva: «*Sacaréis agua con júbilo del manantial de la salvación*» (Is 12,2-3): «*Por el lado oriental del templo brotaba una corriente de agua. Vi que las aguas fluían desde el costado derecho: era un torrente que no se podía cruzar, pues habían crecido las aguas, y no se hacía pie; era un torrente que no se podía vadear*» (Ez 37,1.5); «*Aquel día se alumbrará un manantial de aguas vivas de Jerusalén, la mitad hacia el mar oriental, y la mitad hacia el mar occidental; correrán en verano y en invierno*» (Zc 14,8). «*El último día, el más importante de la fiesta, Jesús, puesto en pie ante la muchedumbre, afirmó solemnemente: "Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba. Como dice la Escritura, de lo más profundo de aquel que crea en mí brotarán ríos de agua viva"*» (Jn 7,37-38). «Murió convertido en fuente», afirma un poeta[12].

En contacto con el propio corazón

❖ A lo largo de los evangelios, a Jesús lo invocaron con diferentes títulos: *Señor, Mesías, Hijo de Dios vivo, hijo de David*... Solo uno de los ladrones crucificados a su lado lo llama sencillamente por su nombre: «*Jesús: cuando llegues a tu reino, acuérdate de mí*» (Lc 23,42). La extrema proximidad entre él y Jesús, despojado de todo y compartiendo su mismo sufrimiento, le permite dirigirse a él así, sin ningún otro título.

✓ Pronuncio su nombre internamente, no necesito añadir nada para dirigirme a aquel que está despojado de todo. Hago mía la expresión del sorteo de sus vestiduras: «*ver qué se llevaba cada uno*»; exploro dentro de mí qué es lo que quiero recibir de él en este momento de mi vida.

❖ Decía la novia del Cantar: «*Manzano entre los árboles silvestres es mi amado entre los jóvenes; a su sombra deseada quisiera sentarme...*» (Ct 2,3).

✓ Me siento también yo a la sombra del árbol de la cruz y apoyo ahí todo lo que hay en mi vida de peso y sufrimiento. Acojo el descanso de saber que el Señor lo conoce, lo une a su propia cruz y comparte conmigo su fuerza y su ánimo para llevar la mía.

❖ «*Todo está acabado*» (Jn 19,30)

✓ Dejo que resuene en mí esa palabra de Jesús antes de morir, con todo lo que hay en ella de acabamiento de obra, de término de carrera, de meta alcanzada y recorrido final. De él dijeron que *había amado hasta el fin* (Jn 13,1), y yo expongo ante él mi propio camino de búsquedas, trabajos, fracasos y logros. Le pido coincidir con él en esa trayectoria vital de amar, que es lo único importante.

❖ «*Jesús, inclinando la cabeza, entregó el espíritu*» (Jn 19,30). El gesto evoca su actitud de consentimiento absoluto al Padre, el final coherente de su apuesta arriesgada de confiar por encima de todo. El que había hecho de su vida entera una donación entrega ahora su última espiración con el abandono del niño que se duerme en brazos de su madre.

✓ Hago el gesto de «inclinar mi cabeza» con todo lo que hay en ella de obsesiones por conocer los «porqués» y dominar los «cómos», y me uno a Jesús en ese «sí» de quien, por encima de todo, se sabe seguro y al amparo del Padre.

❖ La existencia de cada ser humano comienza con una inspiración y acaba con una espiración, y ese ritmo vital nos recuerda que todo consiste en acoger la vida y entregarla.

✓ Tomo conciencia de mi respiración: al inspirar, acojo su presencia y su don; y al espirar, trato de vaciarme y desposeerme, de entregarme confiadamente a Aquel de quien recibo la vida.

❖

Jesús encuentra sentido a su vida y encuentra sentido a su muerte. Es tiempo de pausa, de silencio, de respiración consciente. Tiempo de ponerse ante la muerte y mirar de frente la vida.

✓ Me pregunto: ¿Para qué estoy viviendo? ¿En qué estoy gastando la vida? ¿Gastando o malgastando? ¿Por qué me gustaría que se me recordara? ¿Para qué hago lo que hago? ¿Para qué estoy aquí?

Ensanchando el horizonte

❖*Nacimos desnudos. Morimos desnudos.*

Del nacimiento a la muerte vivimos, sin embargo, acumulando más de lo que honestamente necesitamos para vivir. ¿Para qué? De hecho, a veces es lo acumulado en el aspecto material, o en pensamientos, o en emociones que nos enganchan... lo que no nos permite vivir plenamente. Desprendernos de lo que no necesitamos es una capacidad humana. El camino para ir al monte al estilo de Jesús es la sobriedad. ¿Qué buscamos para tapar nuestra desnudez?

> «Sin nada vino al mundo y sin nada se fue. El primer acto de los soldados, una vez que colgaron a Jesús del madero, fue repartirse sus vestiduras. La desnudez formaba parte de la revelación. La desnudez de su cuerpo y de su alma fue el mejor aliciente para sacar lo mejor de su humanidad. El que había venido al mundo sin nada solo podía amar a través de su carne. El lema clásico "seguir desnudo al desnudo" no ha perdido hoy vigencia ni vigor» (Mª DOLORES LÓPEZ GUZMÁN[13]).

❖*Sobriedad.*

«O logras ser feliz con poco y liviano de equipaje, porque la felicidad está dentro de ti, o no logras nada. Esto no es una apología de la pobreza. Es una apología de la sobriedad» (JOSÉ MÚJICA[14]).

❖*Plantado como un árbol.*

«Él es carpintero, experto en árboles y en cortes, proveedor de enseres para la comunidad. Jesús nace en un establo, pero crece en el taller de un artesano. Sus manos se ensanchan a fuerza de apretar mangos; se magullan por el uso del martillo; tienen las uñas rotas; se endurecen por las astillas incrustadas, por los callos suavizados a escupitajos... Su saliva prodigiosa, antes de sanar lesiones, se secaba en las palmas, facilitando el agarre de los dedos. Su nariz se impregna del olor de las resinas, las colas, la grasa, el betún, el cáñamo y el sudor de las axilas.

Portó hasta el Gólgota el árbol del patíbulo, y ya estaba identificado con él. Cuando tuvo en su carne los clavos, cuando los sintió entrar, se encontró por primera vez en el lugar de la madera. ¡Cómo conocía aquellos golpes, el sonido del hierro, el desgarro que sigue a cada martillazo...! Le tocaba a él, Jesús, terminar como un madero extendido y

bien sujeto, dispuesto por una voluntad de ofrecimiento y sacrificio. Su vida era la materia prima. La docilidad de la madera era la suya.

No era ya un árbol que camina, como le había revelado el ciego de Betsaida. Ahora estaba plantado en el suelo, y todos sus pasos terminaban allí, con los pies juntos y los brazos extendidos como ramas. El Gólgota es una altura pelada, sin vegetación. En la cima se alza ahora un hombre árbol, injertado con sangre. Los árboles no pueden huir cuando llegan los leñadores, sino que se quedan para acogerlos y dejarse abatir. Como ellos, tampoco él huyó. Plantado con clavos en un tronco, en esa hora pensaba como un árbol.

Así, mientras iba consumiéndose el día más breve de su vida, entraba en su nariz como una anestesia la esencia de la resina, la herida del árbol se mezclaba con su sangre, y los últimos respiros volvían a los bosques perfumados. Por eso sonrió y dejó caer la cabeza a un lado, sobre el hombro, lanzando su último aliento con un fuerte estruendo, como follaje de un árbol abatido» (ERRI DE LUCA[15]).

❖*El grito y el silencio.*

«Jesús murió como vivió. Su muerte fue la culminación de su vida. La fuerza salvífica de la Pasión no radica en que Jesús sufriera y muriera, ya que todo ser humano ha de pasar por el sufrimiento y por la muerte, sino en cómo sufrió y en cómo murió: totalmente descentrado de sí, excusando a sus agresores, sin rencor, sin desesperación, aunque, según la versión de Mateo y de Marcos, murió con un grito desgarrador. ¿Con grito o sin grito?: no lo sabemos. Ambos modos son significativos. Unos preferirán la emisión de ese grito, porque verán condensados en él los clamores de la humanidad. Otros preferirán su omisión, porque en ese silencio reconocen la aceptación pacificada del absurdo del dolor, de la injusticia y de la muerte. Cada evangelista pone sus propios acentos, porque los contextos de las comunidades para las que escribieron eran diferentes, como son diversas las sensibilidades según las personas, los lugares y los tiempos.

Pero este grito-silencio no es exterior a Dios, sino interior. Es el grito y el silencio de Dios a Dios abarcando a todos los seres. Nada sucede fuera de Dios, sino en Dios. La Trinidad *ad intra* sigue existiendo en el momento de la cruz, vertida ahora radicalmente *ad extra*, hacia fuera. En la cruz, más que nunca. El silencio de Dios en la cruz es su suprema manifestación, expuesto en puro vaciamiento, sosteniéndolo todo e indicando que el único modo de reconocerlo es entrando en ese mismo despojo. Hablamos de cosas que nos exceden, pero nos atrevemos a hacerlo porque esta fe ha dado vida a muchas generaciones que nos han precedido y seguirá dándosela a las que nos sucedan. [...]

Jesús, entregando su espíritu, renuncia a todo adjetivo y a todo pronombre posesivo. Ya no le queda nada suyo. Con su muerte ha trascendido por completo su individualidad. A partir de ese momento, entra en otro estado de existencia. Perder nuestro yo nos provoca pánico y una angustia indecible. Sin embargo, este despojo es el único pasaje para alcanzar otra forma de vivir que está más allá del yo. Solo rindiéndonos, abandonándonos del todo, podemos acceder a un modo de ser que está más allá de nuestra autorreferencia. Para ello hemos de aceptar nuestra muerte. La cruz es el lugar de encuentro de dos vaciamientos: lo divino en lo humano y lo humano en lo divino. Tal confluencia abre las puertas a la Vida» (XAVIER MELLONI[16]).

❖*Nombres nuevos para el Cristo del Monte.*

«*El Descartado*». El término evoca un largo proceso de conspiraciones, tramas, maniobras, traiciones y pactos entre sus enemigos. En torno a Jesús se fue tejiendo una siniestra red, hábilmente justificada con argumentos y razones políticas: «*Conviene que muera un solo hombre por el pueblo*», había sentenciado Caifás. Hay que descalificarlo hasta convertirlo en sospechoso, en encausado y en presunto imputado; no sabrá defenderse de las calumnias, y será fácil demostrar su culpabilidad, conseguir una sentencia firme y un linchamiento popular, hasta quitárnoslo de en medio. «*"¿No oyes de cuantas cosas te acusan?" –le dijo Pilato–. Pero él permanecía en silencio*» (Mt 27,14). Estaba envuelto en el silencio como en un manto real, ese manto en el que siguen envueltos hoy los descartados de nuestro mundo.

El Vacío. Quizá mejor: el Vaciado, el Desfondado, el Quebrantado, el Hundido. Lo escribe Pablo sobrecogido: «*Se vació de sí mismo, tomó la condición de esclavo*» (Flp 2,20). Tumbado entre los olivos del huerto, despojado de fuerzas y de ánimo, siguió llevando su confianza hasta los límites de lo imposible. «*No llevéis alforja, ni dos túnicas...*», había aconsejado a los suyos: él subió sin alforja al monte, y la túnica se la arrancaron antes de crucificarlo; ¿para qué la quería ya? «*Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allí*», había dicho Job (1,20). También a él un Seno materno le recogía, desnudo, al final de la noche.

«La cruz gloriosa del Señor Resucitado
es el árbol de mi salvación eterna.
De él yo me nutro, en él me deleito,
en sus raíces inserto mis raíces,
en sus ramas me extiendo.
En el hambre este árbol es mi alimento,
fuente para mi sed;
en mi desnudez es mi vestido.
Sus hojas son espíritu de vida y no hojas de higuera.
En el temor este árbol es mi defensa,
cuando vacilo, me sostiene,
cuando combato, es mi premio,
cuando venzo, es mi trofeo.
Este árbol es para mí
el angosto sendero y el camino estrecho.
Es la escala de Jacob,
es la vía de los ángeles,
en cuya cima está clavado el Señor».

(PSEUDO HIPÓLITO, s. IV)

Leo atentamente estos textos. Les hago espacio y escribo algo de lo que se ha quedado en mi memoria. Me apropio de ellos: subrayo, medito, los hago míos. Los conecto con mi experiencia. Me doy cuenta de qué me han aportado en mi visita al *monte*.

Transformados por lo contemplado

❖ «Perdonen tanta pobreza»: así acogía un día una mujer del Sur andino a los huéspedes que llegaban a su casa. Algo de esa pobreza sentimos también nosotros cuando la vida nos va vaciando de aquello que creíamos poseer y en lo que nos apoyábamos.

Miramos al crucificado, que nos espera en el *monte*: solo le quedan la desnudez, los brazos extendidos, el amor extremo, un último aliento y el agua que fluye de su costado abierto.

«Murió convertido en fuente», han dicho de él. Lo único que necesitamos llevar en las manos al subir al *monte* es un cántaro vacío.

---

[12] Erri DE LUCA, «El intruso», en *Solo ida. Poesía Completa*, Barcelona 2017, 30.

[13] *La desnudez de Dios*, Sal Terrae, Santander 2007, 48, 137-138, 154.

[14] https://bit.ly/2PI5QrK

[15] *Penúltimas noticias acerca de Yeshua/Jesús*, Salamanca 2009, 27-36.

[16] *El Cristo interior*, Barcelona 2010, 107-111.

EL JARDÍN

«E*L primer día de la semana, de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro y vio que la piedra había sido quitada. Corrió al encuentro de Simón Pedro y del otro discípulo al que Jesús amaba, y les dijo:*

–Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto [...]

María estaba junto al sepulcro, llorando. Sin dejar de llorar, volvió a asomarse al sepulcro. Entonces vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados en el lugar donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. Los ángeles le preguntaron:

–Mujer, ¿por qué lloras?

Ella contestó:

–Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto.

Dicho esto, se volvió hacia atrás y entonces vio a Jesús, que estaba allí, pero no lo reconoció. Jesús le preguntó:

–Mujer, ¿por qué lloras?¿A quién estás buscando?

Ella, creyendo que era el jardinero, le contestó:

Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto, y yo misma iré a recogerlo.

Entonces; Jesús la llamó por su nombre:

–¡María!

Ella se volvió y exclamó en arameo:

–¡Rabboni! (que quiere decir Maestro).

Jesús le dijo:

–No me retengas más, porque todavía no he subido a mi Padre; anda, vete y diles a mis hermanos que voy a mi Padre, que es vuestro Padre; a mi Dios, que es vuestro Dios.

María Magdalena se fue corriendo adonde estaban los discípulos y les anunció:

–He visto al Señor. Y me ha dicho esto» (Jn 20,11-18).

Israel es un país seco, y un jardín es un bien precioso: plantarlo y cultivarlo supone disponer de mucha agua. Su nombre evoca un lugar hermoso y fresco, bien regado y atrayente, un símbolo de todo lo deseable. El encuentro con el Resucitado vivido por María en el *jardín* posee el poder de transfigurar los otros paisajes recorridos: los discípulos encerrados en el *cenáculo* van a escuchar el anuncio de que el Señor Resucitado sube a *su Padre* y los llama *hermanos* (Jn 20,15); la angustia y la separación de la noche del *huerto* quedan envueltas en luz del amanecer; la huella de las negaciones del *patio* se convierte en la gracia de amor humilde que hace repetir a Pedro: «*Señor, Tú lo sabes todo, tú sabes que te amo*» (Jn 21,15-18); y las heridas del Crucificado en el *monte* son ahora la memoria radiante de su amor hasta el fin (Jn 20,27).

Llegamos con María de Magdala a ese *jardín:*

Con la mirada atenta

❖ Según el Génesis, «*El Señor Dios plantó un jardín en Edén, hacia oriente, y colocó allí al hombre que había modelado (...) para que lo guardara y cultivara*» (Gn 2,8.15). Jeremías describe así el futuro maravilloso que Dios promete a su pueblo a la vuelta del destierro*:* «*Entrarán con gritos de alegría en los montes de Sion, afluirán hacia los bienes del Señor, hacia el trigo, el vino y el aceite, hacia las ovejas y las vacas. Serán como un huerto bien regado y nunca volverán a languidecer*» (Jr 31,12). El novio del Cantar llama a su amada: «*jardín cerrado, fuente sellada*» (Ct 4,12).

El evangelio de Juan, en la escena de la sepultura de Jesús, señala: «*En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en él un sepulcro nuevo en el que nadie había sido sepultado. Como era la víspera de la fiesta judía y el sepulcro estaba cerca, colocaron allí a Jesús*» (Jn 19,41-42).

❖ «El texto evangélico indica con precisión: *el día uno de la semana.* Dice día "*uno*" y no "primero", que sería lo esperado: tal vez está aludiendo al día *uno* de la creación, cuando, según el Génesis, Dios dijo: "*Sea la luz. Y la luz se hizo. Vio Dios que la luz era buena y separó la luz de las tinieblas. Llamó a la luz día, y a las tinieblas noche. Hubo una tarde y una mañana: día uno*" (Gn 1,3-5). Para los demás días de la creación se dice: *segundo día, tercer día*..., pero el primero es "*uno*", en un plano distinto que el de los demás: es el día de la luz, el inicio de la obra creadora, la luz que permite alternar el día y la noche. Comienza el tiempo. Y ahora la Pascua es el día "*uno*" de la nueva creación; el momento de la nueva luz, el inicio del nuevo tiempo. Entramos en la realidad definitiva: comienza la luz de Pascua, aunque todavía esté oscuro, y la noche no haya terminado»**[17]**.

❖ «Existe una clara simetría entre la caída de la primera pareja en el primer jardín y la de este Jardín pascual. Allí, la mujer inocente sucumbe a la tentación de la serpiente y ofrece a Adán el fruto prohibido. Aquí, la mujer pecadora es sorprendida por la resurrección del Salvador y lleva el anuncio de esta maravilla a sus hermanos. En el primer jardín, la mujer comunicaba una mentira al varón: ahora María anuncia a los hombres al Resucitado. Y mientras que el fruto prohibido podía ser tocado, pero no comido, Jesús, que es también el pan vivo, no puede ser retenido, sino comido»**[18]**.

«También el Cantar de los Cantares desvela un jardín paradisíaco, donde se respira el aire de la primera creación: la armonía de la diferencia y la igualdad entre los sexos, el estupor purísimo de su encuentro inicial, la ingenuidad de su desnudez original. No si sabe bien si se trata de una vuelta al paraíso perdido o de una profecía del tiempo mesiánico. Se tiene la impresión de encontrar en el Cántico a una mujer y un hombre plenamente redimidos de todo componente pecaminoso en su relación y gloriosamente transfigurados, casi como el "Hombre" y la "Mujer" del Nuevo Testamento. La última palabra del Apocalipsis es la invocación de un encuentro, dirigida por una mujer a un hombre: "*El Espíritu y la novia dicen: ¡Ven!*" (Ap 22,17), con la respuesta final de Él: "*Sí, vengo pronto!*", y el Amén de una espera que llenará los siglos como un solo día: "*¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!*" (Ap 22,20)»**[19]**.

En contacto con el propio corazón

❖ «*María estaba frente al sepulcro, fuera, llorando [...] Le dice el Señor: "¡María!" Ella se vuelve y le dice: "Maestro..."*» (Jn 20,16).

✓ Pongo nombre a las «tumbas vacías» que rondo a veces, a los lugares sin vida en los que desgasto la mía. Escucho mi nombre pronunciado por el Viviente: solo él lo conoce y posee el poder de conectarme con la corriente profunda de vitalidad y libertad que se esconden en lo más hondo de mí mismo. Al llamarle Maestro, reconozco los vínculos de discipulado que me unen a él y elijo ese modo de situarme «de su parte». Le pido el don de adentrarme en esa «afinidad» con él que el Nuevo Testamento conoce como *koinonía* o «comunión de vida» (1 Cor 1,9), para vivir una apasionada coincidencia con su inclinación por los pequeños y los últimos.

❖ «*El primer día de la semana, muy temprano, todavía a oscuras...*» (Jn 20,1).

✓ Tomo conciencia de aquello en lo que «aún es de noche» en mi vida; de los aspectos oscuros que me hacen reconocerme en el miedo de los discípulos, en el desánimo de los de Emaús, en la incredulidad de Tomás... Me abro silenciosamente a acoger a Aquel que puede inundar mis tinieblas con su luz maravillosa.

❖ «*Ve a decir a mis hermanos: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios*» (Jn 20,17).

✓ Recibo ese anuncio como dirigido personalmente a mí. Me ofrece la alegría de saber que el Padre es una «posesión compartida» entre el Señor resucitado y cada uno de nosotros. Me reconozco «hermano» de Jesús, perteneciente a esta nueva familia en la que intercambiamos palabras significativas y relaciones generadoras de vida.

❖ Es tiempo para rescatar en escenas cotidianas encuentros de fraternidad.

✓ Busco en mi lenguaje palabras dichas con amor, expresiones que han querido, al menos en su intención, generar vida y esperanza. Miradas limpias, guiños cómplices, gestos y palabras oportunas. Evoco el recuerdo del beso del niño en la cicatriz de la operación, las llamadas de ánimo, las horas de viaje para celebrar la vida, las gracias expresadas tras un perdón sincero. En todo ello leo y descubro signos de Resurrección.

❖ ¿Qué palabra de vida lleva Dios repitiéndonos últimamente?

✓ Busco la palabra de aliento que el Espíritu de Dios tiene para mí hoy, sin añadidos de mi cosecha: *abandónate, cállate, actúa, ten ánimo, ven, déjalo todo...* Me pongo a tiro para escuchar esa «consigna» sin corregirla: *confía, vacíate, suelta, descansa, sal, atrévete, respira...*

Me detengo en esa palabra que me resuena y que me ofrece cimiento e impulso para ser testigo de la alegría del Resucitado.

Me hago consciente de cuánta necesidad hay a mi alrededor de escuchar *palabras de vida* y me propongo fijarme más en las potencialidades y menos en los déficits;

más en «lo que sale bien» y menos en el recuerdo permanente de los errores y fallos a corregir.

Acojo esa chispa de vida que se me ofrece y que todos necesitamos recibir. Trato de cuidar la oración para mantenerme en silencio y en escucha activa, para no querer llevar a Dios adonde yo quiero, sino para dejarle hablar a Él y seguir su Voz y sus pasos.

Ensanchando el horizonte

❖ ***Mujeres en la Resurrección.***

«Todas las resurrecciones del Nuevo Testamento afectan a mujeres o acontecen en beneficio de ellas. Siempre que Jesús es tocado, es una mujer quien lo hace. Las mujeres donan por propia iniciativa dinero o cosas de gran valor, como óleos perfumados. Cuando se habla de mujeres, a menudo hay en juego monedas de escaso valor o pequeñas sumas que, sin embargo, son importantes a los ojos de Jesús. De esta suerte, el tema «dinero», igual que el ámbito del contacto corporal, se halla asociado en gran medida con mujeres; con ello se corresponde el testimonio sobre la actividad de las diaconisas. Fuera de Jesús, la realización de servicios solo se relata referida a mujeres. Las mujeres son discípulos fieles en la crucifixión, el enterramiento, la mañana de Pascua, las apariciones del Resucitado» (KLAUS BERGER[20])

❖ ***El idioma del Resucitado.***

«La cuarentena pascual marca una etapa transitoria en el aprendizaje de una nueva lengua. Los discípulos estaban acostumbrados a comunicarse con el Maestro en el lenguaje de los sentidos; pero ahora Jesús quiere enseñarles a comunicarse con él en un nuevo lenguaje: el lenguaje bautismal. E1 Resucitado les enseñará el nuevo lenguaje por el método activo, es decir, hablándolo. Pero para los principiantes conviene hacer referencias al lenguaje antiguo, estableciendo los paralelismos y correspondencias entre los vocablos y expresiones de uno y de otro: por eso Jesús se deja tocar, se deja ver y camina con los suyos, cosas todas ellas pertenecientes a su antigua existencia. Pero solo para que aprendamos a comunicarnos con él ahora en el lenguaje nuevo, el lenguaje del Espíritu. Una vez aprendido este, ya no hay necesidad de referirse al antiguo. E1 que domina un lenguaje no va traduciendo, sino que piensa ya en el lenguaje nuevo. Es el momento en que cesan las apariciones de contenido imaginativo: han dejado de ser necesarias. Cuarenta días representan en Lucas el tiempo para una experiencia espiritual completa» (JUAN MANUEL MARTÍN MORENO[21]).

❖ ***La dinámica de la Resurrección.***

«Vivir la dinámica de la resurrección es vivir creciendo. Acrecentando nuestra capacidad creativa, intensificando nuestro amor, generando vida, estimulando todas nuestras posibilidades, abriéndonos con confianza al futuro, orientando nuestra existencia por los caminos de la entrega generosa, el amor fecundo, la solidaridad generosa de justicia. En el corazón de este proceso, y como germen permanente de vida y resurrección, está siempre el amor. Él es el signo más sólido de que vivimos "resucitando". "*Sabemos que*

hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte" (l Jn 3,14)» (JOSÉ ANTONIO PAGOLA[22]).

❖*Un acontecimiento íntimo.*

«Mañana de Pascua. Una eucaristía muy simple y silenciosa alrededor de la mesa del comedor. Un grupo pequeño de amigos, contentos de estar juntos. Después del Evangelio, hablamos acerca de la Resurrección. Liz, que trabaja con mucha gente angustiada, dijo: "Tenemos que seguir haciendo rodar las piedras enormes que le impiden a la gente salir de sus tumbas". Elizabeth, que vive con cuatro discapacitados en el hogar de El Arca, dijo: "Después de la resurrección, Jesús tomó nuevamente el desayuno con sus amigos y les mostró la importancia de las cosas pequeñas y comunes de la vida. Alguien que se pregunta si puede ser llamada a ir a Honduras a trabajar allí con la comunidad, dijo: "¡Es tan reconfortante saber que las heridas de Jesús permanecieron visibles en su cuerpo resucitado...! Nuestras heridas no son eliminadas, sino que se transforman en fuente de esperanza para otros".

A medida que todos hablaban, me sentí muy cerca del acontecimiento de la Pascua. No era un acontecimiento espectacular que fuerce a la gente a creer. Más bien, era un acontecimiento espectacular para los amigos de Jesús, para aquellos que lo habían conocido, escuchado y creído en él. Era muy íntimo: una palabra aquí, un gesto allá, una toma de conciencia gradual de que algo nuevo estaba naciendo, pequeño, casi inadvertido, pero con el poder de cambiar la faz de la tierra. María Magdalena escuchó su nombre. Juan y Pedro vieron la tumba vacía. Los amigos de Jesús sintieron que su corazón ardía en encuentros que tienen su expresión más acabada en las extraordinarias palabras: "*¡Ha resucitado!*" Todo estaba igual que antes, mientras todo había cambiado.

Nosotros, sentados en círculo alrededor de la mesa, con un poco de pan y un poco de vino, hablando suavemente acerca de la forma en que lo reconocíamos en nuestras vidas, sabíamos enlo profundo de nuestro corazón que también para nosotros todo había cambiado mientras todo seguía igual. Nuestras luchas no han terminado. En la mañana de Pascua, todavía podemos sentir el dolor del mundo, de nuestras familias y amigos, de nuestros propios corazones. Todavía está allí, y seguirá estando allí por largo tiempo. Sin embargo, todo es diferente, porque hemos encontrado a Jesús y hablado con Él.

Había una alegría simple y calma en nosotros, y una sensación muy profunda de ser amados por un amor que es más fuerte, mucho más fuerte que la muerte» (HENRI NOUWEN[23]).

❖*Plantando el Nuevo Jardín.*

«El bien que hacemos no queda reducido a nuestro espacio personal. Ese bien resuena lejos, se irradia y entra en las redes de energía que vinculan a todos con todos, reforzando el sentido profundo de la vida. De ahí pueden producirse surgimientos sorprendentes que apunten hacia un nuevo modo de vivir sobre el planeta y nuevas relaciones personales y sociales más inclusivas, solidarias y compasivas. Efectivamente, se nota por todos lados que la humanidad no está inmóvil ni endurecida por las perplejidades. Miles de movimientos están buscando formas nuevas de producción y alternativas que respondan a los desafíos. Del caos nace un nuevo orden. Las turbulencias actuales preanuncian una emergencia nueva, venida de aquel trasfondo de Energía que subyace en el universo y en cada ser (llamado también "Vacío Cuántico" o "Fuente Originaria" de todo ser). Las

emergencias o surgimientos introducen una ruptura e inauguran algo nuevo y todavía no ensayado. Así, no sería extraño que, de repente, los seres humanos volvieran en sí y pensaran una articulación central de la humanidad para atender las demandas de todos con los recursos de la Tierra: recursos que, si son racionalmente gestionados, son suficientes para nosotros los humanos y para toda la comunidad de vida (animales, plantas y otros seres vivos).

Se trata de hallar una nueva relación con la Tierra. El problema no es la Tierra, sino nuestra relación para con ella: relación de agresión y de explotación implacable. Necesitamos establecer un acuerdo entre la Tierra y la Humanidad para que ambos puedan convivir interdependientemente, con sinergia y espíritu de reciprocidad. Sin esto no tendremos futuro. El futuro vendrá a partir de la fuerza de la simiente, es decir, de las prácticas humanas personales y comunitarias que crean redes, ganan fuerza y consiguen imponer un nuevo orden que garantizará un nuevo tipo de historia» (LEONARDO BOFF[24]).

Leo atentamente estos textos. Les hago espacio y escribo algo de lo que se ha quedado en mi memoria. Me apropio de ellos: subrayo, medito, los hago míos. Los conecto con mi experiencia. Me doy cuenta de lo que me han aportado en mi visita al *jardín*.

Transformados por lo contemplado

El *jardín* transfigura nuestras heridas y las vuelve luminosas como las del Resucitado. Junto a la tumba vacía aprendemos que hay dolores que son de parto; y que el grano de trigo, cuando cae en tierra y muere, da mucho fruto. «Sois más que esas heridas que os habitan –escuchamos ahí–. El sufrimiento y la muerte no tienen la última palabra sobre vosotros».

Si guardamos esas palabras en la memoria del corazón, podremos transitar la noche con la confianza de quien espera la llegada del Compasivo, del que enjugará las lágrimas de todos los rostros.

«*Al anochecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo*», había dicho un salmista (Sal 30, 6).

Y un sufí dijo: «Viendo las huellas dejadas por la brisa, mido lo que será el Huracán de la alegría».

---

[17] Bruna COSTACURTA, Notas de una conferencia en la Universidad Gregoriana, Roma 2006.

[18] Fabrice HADJADJ, *Résurrection: mode d'emploie*, Paris 2016, 65-77.

[19] Francesco ROSSI DE GASPERIS – Antonella CARFAGNA, *Prendi il libro e mangia!*, 3.2, Bologna 2002, 40.

[20] *Jesús*, Sal Terrae, Santander 2009, 230.

[21] https://bit.ly/2DpPyxT

[22] https://bit.ly/2F8yb6y

[23] https://bit.ly/2OvLX2k

[24] http://editorialkairos.com/catalogo/espiritualidad-y-politica